

# Retrato exprés: Jorge Ibarguengoitia

José de la Colina

**A** la Casa del Lago de Chapultepec, donde teníamos las reuniones de la *Revista Mexicana de Literatura*, llegaba Jorge Ibarguengoitia con aspecto de futbolista pobre de los llanos, de muchacho de los aldeaños de la Colonia Roma que hubiera crecido más allá de lo que permite el presupuesto familiar. Nadie parecía menos escritor que él. Antiguo boy scout -con Felguérez, el pintor, y no recuerdo con quién más, pero todos tenían anécdotas decamping-, seguía vistiendo como si debiera acampar en cualquier momento a la intemperie, con aquellas camisas azules y pantalones caquí, o acaso al revés (en La Habana lo tomaban por un miliciano), y uno se extrabaña de no verle, colgados al cinto, la cantimplora y el cuchillo de monte. En realidad, Jorge venía de trasfondos menos rupestres: en torno suyo había un aroma abstracto de armarios con guayaba para espiritualizar las ropas, de alguna tiendita familiar en la esquina del barrio, de tías mimosas y no demasiado postporfirianas. Inconsolable tráfuga de la provincia al barrio, se transfugó mal e

incómodamente del barrio a la metrópoli. Se le sentía nostálgico de la época en que una ciudad de México todavía paseable pululaba de renqueantes autobuses -¡camiones, señor!- pintados de todos los colores, para facilidad de los analfabetos.

Yo estaba en La Habana, allá en los primeros años sesenta, trabajando para la Editora Nacional, cuando cayó Ibarguengoitia por allí gracias al primero o al segundo premio -teatro y novela, o novela y teatro- que le habían dado en la Casa de las Américas. En el local de conferencias, ante un público desconcertado y mudo de un modo nada cubano, narró una especie de memorias que no hallaban eco, por estar tan cargadas de anécdotas tan sólo de la parroquia intelectual mexicana. El único que pescaba las alusiones era yo y me reía a carcajadas. Entonces Jorge me reconoció y como mi hilaridad sólo servía para destacar el silencio incomprendido en torno, casi parecía odiarme en ese momento. Desde el estrado me miró fúnebremente y dijo en un aparte moderadamente teatral: "What's so funny, at all?"

Era impresionante verlo entrar en una habitación: aquel corpachón que "hacía su aparición" como desplazando los volúmenes de aire y la cabeza cilíndrica de mentón borbónico y los ojos saltones a media asta (como adormilados, quiero decir). No hablaba, entre la gente de la mano a pluma, de los secretos sagrados del oficio. Escribir, eso se hacía en casa. Y si se hablaba de ello, era en términos los más a ras de tierra: lo que pagaban (miserablemente siempre, por supuesto), en tal o cual parte, las obras de teatro que no le habían representado (eran incontables), las pendejadas que publicaba fulano queriendo ser sublime.

Con todo eso, iba sacando libro tras libro sin el prurito solemne de ir "haciendo la Obra". Un estilo que nunca se desbordaba más allá de lo que había que contar, que nunca se miraba en el espejo. Estilo indefinible... por definición. Sólo podría yo hablar del "ambiente" que ese estilo parecía contener: el del alba en que después de una noche ilusa se vuelve a casa, por viejas calles de barrio en cuyas azoteas acechan ya las antenas de televisión, y se va sintiendo la humedad fría del alba, el sol cobarde, y tú y yo Jorge, como no lo hicimos en realidad nunca, decimos trivialidades mientras vamos esquivando el agua jabonosa que arrojan a las banquetas desde los arrabaleros comercios que poco a poco se abren. □

